

en donde siempre está haciendo un gran frío de toda la trampa, hasta en los días más calientes de marzo. Le han contado de un Padre de Cartago que vivía solito en la casa de esa hacienda, mucho tiempo, hasta que se murió. Salía siempre a las cinco de la mañana a decir su misa, después todo el día metido, encerrado en su cuarto sin hablar con nadie, ni la viejita que lo asistía lo podía ver; para avisarle que ya estaba el café, o el almuerzo o la comida, la viejita sonaba una campanilla que tenía, y se quitaba; cuando oía los pasos del Padre que ya se iba de la mesa, entraba otra vez la viejita a llevarse los trastos, y el padre otra vez encerrado. Sería que dejó plata enterrada; también pudieran ser duendes o el Malo. Quién sabe... En cuanto a él mismo, hace algún tiempo le pasó una muy fea; hacía una porción de días que lo venía persiguiendo una luz donde quiera que estaba solo; en una de tantas resolvió echarse el alma al hombro y hablarle al muerto, primero se atoyó su buen guarro:—«Decí lo que querrás, carajo, pero eso sí te pido que me dejés llegar hasta la casa sin quermé al suelo, por vida tuyita...». Era el dijunto Goyo Calvo que quería que le hablara a Rafael, el hijo, sobre de que tenía que pagar unas misas que había quedado debiendo. Efectivamente, no calló al suelo en ese momento; pero no bien hubo llegado a la casa cuando comenzó a sentir que le pasaban una mano helada como de muerto, por toda la espalda, de arriba para abajo y de abajo para arriba, se le aflojaron las canillas y entre cuatro lo treparon a la cama; la mujer lo arrebató a flotaciones en la espalda, con ceniza caliente que es lo que hay bueno para esos casos; regaron agua bendita y quemaron palma bendita en el cuarto. A los días le dió la razón que le había mandado el dijunto Goyo a Rafael, pero Rafael se hizo el chanco y de allí le vino el tuerce, p'atrás y p'atrás desde entonces: tenía establecimiento, y quebró; tan derecho que había sido siempre para la taba, pues no volvió a ver un tiro de carne; se metió en la policía un tiempo aquí en Tres Ríos, y hasta que se murió. Declara que se sabe la Manífica al revés, de atrás para adelante, esa es la gracia, por si llega a verse en algún apuro cualesquiera vez: espíritus malinos u otra zanganada que no faltan. El Cadejos en no metiéndose con él para nada, pasa derecho. Se lo topó una noche viniendo de Carrillo con bueyes; oyó primero como un *chis chis*, eran los casquillitos que le sonaban donde venía; enseguida no más va viendo las dos brasas, los ojos. Le han contado que era un muchacho como de unos trece años, un mentado José Joaquín; el tata le echó una maldición porque una noche quiso pegarle un susto debajo

de un puente. La culpa la tuvo la mama que aconsejó al hijo; ella, como el marido tenía una querida, pensó que asustándolo dejaría la llegadera tarde en las noches; el chiquillo fué el que se sacó la rifa, y hasta la hora... Nunca ha visto la Cegua, y no es porque no haya sido mujero, qué va; debe ser porque siempre le ha gustado cargar alguna reliquia, el escapulario del Carmen, casi siempre, o el Detente. La Cegua busca siempre al hombre birringo cuando anda de noche en sus fechorías: al pronto ve uno una mujer de pelo suelto, enlutada, con un cuerpo que da gusto verlo, chiquiona para andar, haciéndose la desentendida. El que és la palabrea y ella dejándose alcanzar; cuando ya uno va apariándosele y se le arrima con confianza y le dice «cholata linda» o cualquier otra carga, vuelve la cabeza y pela así dientes de caballo, las orejas también de caballo. Con toda seguridad que al individuo tienen que juntarlo después. Pero sólo al hombre mujero es al que le sale. Al hombre formal lo respeta, y a las mujeres...

En este punto, uno de los contertulios interrumpe el hilo de la relación que Pedro Villalobos hilvana, para hacer una referencia en concreto a la Cegua. Se trata de un caso personal que evidencia otro aspecto del horrible espanto: venía de Cartago a caballo, como a las once de la noche, al pasar por el Fierro oyó un chiquito llorando en la raíz de un güitite, se apió del caballo y alzó la criatura de donde estaba, se puso a sobarlo y el chiquito ya se calló; estaba viendo el modo de montarse otra vez con todo y criatura cuando en eso oye que ésta le dice: «ispiame los denticos... así guitarra y tamañas macanas, mismamente una yegua...» Lo juntaron del suelo y a los días se confesó con el Padre Diego.

Pedro Villalobos comenta: que sí, que en esos casos es bueno confesarse; pero que Dios guarde subir al Altar, hasta después de unas tres confesadas. Y sigue: Siendo policía en San José, cuando Soto, oyó la *carreta sin bueyes*, como a la una de la madrugada; estaba haciendo segunda, por la Soledad. Primero sintió en la cara un viento muy feo, como de barranco, después la vido onde venía; pegó carrera hasta encontrar el otro policía, estaba vuelto para la paré y en un temblor todo el cuerpo, y a todo esto sin onde beberse un trago; se estuvieron juntos hasta que ya se vieron las claras del día. Lo que cuentan de que en la iglesia se ven a la noche las Animas rezando en rueda, son mentiras de Chepe Chacón; a las ocho, a las doce y una vez hasta la una de la mañana se ha asomado por debajo de la puerta de en medio, a ver, y sólo murciélagos. En el pantión sí; pero ni por la diabla se ha arrimado allá de noche... A un conocido

suyo de Alafuela, le pasó en una ocasión una vaina muy fea, pero por birringo. Era de lo más parrandero: él en bailes, él en novios, en rezos con música, en velas, nada perdía. Los días sábados el modo de llegar a la casa a acostarse era como a la una de la mañana. Esa noche venía a caballo, pasando por Itiquís; cuando llegó cerca de un palo de guapinol por onde tenía que atravesar, de repente se le paró la bestia resistida; en eso va viendo una casa toda iluminada, onde mismo estaba el palo, y en el corredor bulla de gente muy alegre comiendo en unas grandes mesas; eso sí, notó que a ninguno de los que allí había podía verle la cara bien, por más que se restregaba los ojos con las dos manos; de adentro fué saliendo una señora muy mudada y peinada y se puso a convidarlo con muy bonito modo que se apiara y que viniera a comerse un tamalito, si no le daba mucho asco. Se apió, amarró la bestia de un horcón del corredor de la casa y se sentó en una mesa que estaba sola; le trajeron el tamal, que hasta que echaba fuego, lo desenvolvió, y al echarse la primera cucharada, va viendo que no tenía nadita de sal; se lo dijo así a la mujer que lo había convidado, y no hizo más que mentar *sal* cuando todo quedó en tinieblas. No quedó ni

casa, ni gente, ni luces, ni nada, y él arriba en el palo, prensado en una horqueta; el caballo guindando de otra rama, que ya se iba a ahorcar. Abrevió y con el chafirro le cortó el cabresto al ruco, *pas* se oyó el batacazo en el suelo. Se volvió a montar ligerito y dijo patas pa qué te quiero, para la casa. Llegó con un gran dolor aquí derecho, en la pura boca del estómago, sería del susto o de la gran carrera. Desde entonces, ya nunca volvió a salir solo después de las ocho de la noche.

Terminada la relación anterior, el silencio se mantiene por cortos momentos dentro de los del grupo. El rumor del río se percibe más claro; en el espacio tupido de sombras resplandecen a poca altura, de cuando en cuando, los misteriosos puntitos de luz de las candelillas, cual si fueran el vértice de cinceles de oro con que alguna mano invisible estuviera horadando silenciosamente la negra pizarra de la noche. Es posible que alguno de estos hombres, en alguna ocasión, haya creído adivinar en las vacilantes brasas intermitentes, puntas de cigarros de algún fumadero nocturno de las brujas. A distancia, muy lejos, muy lejos se distingue el ruido de una carreta, alejándose cada vez más, sin que se pueda precisar su rumbo.

Rubén Coto

San José, Costa Rica.

Dos libros de Pijoán

—De *La Vanguardia*, Barcelona—

CASI al mismo tiempo he recibido dos libros de José Pijoán. El uno es el encantador librito *Mi Don Francisco Giner*. El otro, el segundo tomo de la *Historia del Mundo*, que viene publicando el editor Salvat. Estos dos libros tan diferentes en proporciones y en asunto, reflejan, cada uno a su modo, la original personalidad del autor.

El uno es una semblanza escrita con amor, pero con libertad; con devoción cordial de discípulo, no con devoción ñoña de beata. El título es exactísimo: *Mi Don Francisco Giner*, quiere decir el don Francisco Giner que yo conocí y que recuerdo. No es una biografía; es un retrato del recuerdo. Pijoán tiene naturaleza poética, y no sólo cuando hace versos. Este apunte realista y viviente de Giner, sorprendido en la intimidad de la Institución, en los paseos al Pardo, en las conversaciones familiares con los que acudían a él como a un guía espiritual, rebosa emoción y sensibilidad.

Las estrofas en *Cuaderna via*, que son la dedicatoria del libro al maestro muerto, encierran en la forma arcaica elegida como un adorno erudito, un pensamiento actual y viviente. No son un ejercicio de clasicismo

remoto, sino un bello pórtico poético de este cuaderno de memorias.

Señor Don Francisco Giner de los Ríos,
ya más no os verán estos ojos míos
ni más oír los consejos píos
con que ordenasteis mis jóvenes bríos.

Os fuisteis arriba. Yo fui a Poniente
a hacerme una patria con extraña gente,
llevando conmigo la buena simiente
que vos me donasteis cual rico presente.

Cruzando la tierra, vadeando los mares,
marchando hacia el Norte, regiones polares,
viniendo hacia el Sur, a tierras solares,
el vuestro recuerdo alivió mis pesares.

Por eso un libro pequeño yo escribo
que diga a mi pueblo ingrato y esquivo
lo que vos sufristeis cuando aún erais vivo,
al verie caído, postrado, pasivo.

Fuí leyendo esta semblanza o memoria de Giner, lentamente, en los números del REPERTORIO AMERICANO comprendidos entre el 27 de agosto y el 12 de noviembre de 1927. Mientras estuvo publicándose, esperaba cada número con la impaciencia de un lector de novelas por entregas, aunque la curiosidad fuera más, espiritual y se viera obligada a mayor espera; pues los números del REPERTORIO, llegan de dos en dos, de Costa Rica. Anticipé alguna impresión de lectura, cotejando este retrato, con otro—escrito con no menos amor—el *Mi Don Juan Maragall*,